

ciones y reacciones incesantes de que son teatro los agregados materiales. «Conócete a ti mismo», decía Sócrates. «Para ello—responde la filosofía moderna—debes tratar de bien conocer ese ambiente del cual ha sacado la naturaleza los materiales que constituyen tu cuerpo».

De esta naturaleza íntima de la substancia universal, son muy pocos los que tienen una idea neta a estas horas; son muy pocos los que han penetrado su secreto sin mezclar prejuicios corrientes o ensueños desprovistos de base científica, o sin oscurecerla con el abuso de las fórmulas algebraicas. Sin embargo, si el secreto del Kosmos no es hoy mejor conocido, no es menos cierto que desde la aurora del presente siglo nos habría sido posible conocerlo. Van ya cuarenta años de que los primeros principios de la dinámica universal fueron establecidos sobre certidumbres axiomáticas. Hace más de diez años que una obra enciclopédica, desgraciadamente no comprendida y olvidada desde hace mucho tiempo, ha revelado tal secreto a los que han estudiado serenamente esta magistral síntesis de la ciencia. Gracias a una inducción genial de Clemencia Roger, poseemos hoy la prueba brillante de que el substratum del mundo es a la vez *espíritu, fuerza y materia*, que es eterno e indestructible, que llena el espacio entero con sus mónadas indefinidamente expansibles, eternamente vivas y activas. Gracias a esta hipótesis original, comprendemos que el Kosmos es el teatro de una perpetua lucha de fuerzas que no se convierten en movimientos sino allí donde las fuerzas antagonistas son desiguales.

Así, la fuerza, causa del movimiento, es una propiedad del átomo, es algo incluido en el átomo; pero no se gasta inútilmente en torbellinamientos vertiginosos, como lo proclama la escuela energetista, sin dar en apoyo ninguna prueba lógica; ni se entrega a los inexplicables movimientos que gratuitamente admite la teoría de los gases de Clausius. No es la fuerza una propiedad de la materia, compatible

con la existencia de átomos inmóviles, puntos geométricos separados por espacios vacíos y sostenidos por sí mismos, sin contactos mutuos, como querían los antiguos atomistas. No es tampoco una enigmática potencia atractiva que haría a los átomos acercarse incesantemente entre sí. Ninguna de tales hipótesis tiene valor científico, porque ninguna puede explicar el proceso lógico de los fenómenos naturales.

Si se admite, al contrario, que, a partir del centro del átomo expansible, la fuerza irradia hacia su periferia para rechazar por todos lados los átomos vecinos, dotados a su vez de elasticidad y de expansibilidad radiante, el mundo fenomenal se explica al punto y la mayor parte de los problemas científicos no resueltos se iluminan instantáneamente con una viva claridad.

Perpetuamente en lucha en el Kosmos, las fuerzas atómicas se anulan por pares opuestos ahí donde existe igualdad perfecta entre las fuerzas presentes. Solamente donde hay diferencias entre las fuerzas antagónicas, se produce una ruptura de equilibrio y las diferencias se traducen en movimientos. Así, la suma de las fuerzas que se gastan en movimientos, es decir, la suma de las *fuerzas vivas* sería muy inferior a la de las *fuerzas muertas*, que se anulan por sí mismas a causa de sus rivalidades recíprocas. Dada la igualdad volumétrica y dinámica de los átomos de éter, si no existieran en el seno del Kosmos sino fuerzas muertas, fuerzas opuestas por pares siempre iguales, el mundo fenomenal no habría podido producirse jamás. El universo entero sería una especie de Nirvana eterno e indefinido, desprovisto de toda agregación material y de toda existencia consciente superior. La desigualdad de las unidades atómicas en fuerza substancial es la causa de todas las realidades del mundo sensible.

La unidad atómica, centro o foco de emisiones de fuerza expansiva, no es, pues, el punto geométrico sin volumen, el minúsculo grano de arena no deformable, pasivo y sin virtualidades, que